

Profeta dice: «No dejaré obrar el furor de mi indignacion; no me resolveré á destruir á Ephraim, porque yo soy Dios y no un hombre» (1). ¿Nó es por ventura sublime aquella palabra del Señor á Nicodemus: «Que amó tanto Dios al mundo, que no paró hasta dar á su Hijo unigénito» (2); ó cuando el Evangelista San Juan refiere que: «Sabido Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos, que vivian en el mundo, los amó hasta el fin» (3). Siendo como somos criaturas dotadas de sensibilidad física impresionannos más profundamente á la verdad los efectos del poder creador que caen bajo la jurisdiccion de nuestros ojos. Pero más grande que cuando «mide las aguas del Océano en el hueco de la palma de su mano, y con solo tres dedos sostiene la gran mole de la tierra»; más admirable que cuando «estendió los cielos como un velo, y los desplegó como una tienda de campaña en que ha de habitar, quien hace marchar ordenadamente aquel ejército de estrellas, y llama á cada una por su nombre» (4); incomparablemente más glorioso aparece el Señor cuando llora sobre Jerusalem, ó cuando por me-

(1) Oseas, 11, 9.—«Deus qui omnipotentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas...» (Or. Dom. 10. p. Pent.)

(2) Joan. 3, 16.

(3) 13, 1.

(4) Is. 40, 12, 22, 26.

dio de su Profeta habla en estos términos á su pueblo:

«Comunmente se dice: Si un marido repudia á su mujer, y ella separada de éste toma otro marido, ¿acaso volverá jamás á recibirla? ¿No quedará la tal mujer inmunda y contaminada? Tú, es cierto que has pecado con muchos amantes; esto no obstante, vuélvete á mí, dice el Señor, que yo te recibiré. Alza los ojos á los collados, y mira si hay lugar donde no te hayas prostituido: te sentabas en medio de los caminos, aguardando á los pasajeros *para entregarte á ellos*, como *para robar* se pone el ladron en sitio solitario: y contaminaste la tierra con tus fornicaciones y tus maldades. Por cuya causa cesaron las lluvias abundantes, y faltó la lluvia de primavera. Tú, empero, *en vez de arrepentirte*, presentas el semblante de una mujer prostituta, ó *descarada*, no has querido tener rubor ninguno. Pues á lo ménos desde ahora arrepíentete y dime: Tú eres mi padre, tú el que velabas por mi virginidad: ¿acaso has de estar siempre enojado, ó mantendrás hasta el fin tu indignacion...? Conviértete tú, rebelde Israel, dice el Señor; que no torceré yo mi rostro para no mirarte; pues yo soy santo y benigno, dice el Señor, y no conservaré siempre mi enojo (1).»

74. En el reino de las existencias criadas ha de buscarse el sublime directa y principalmente en el órden moral; porque, como más de una vez hemos dicho, en él se encuentra en su más glorioso esplendor la belleza finita (1). Mientras no

(1) Jer. 3, 1-4, 12.

(2) «Mejor es el sufrido, que el hombre fuerte; y el que domina su corazon que el expugnador de ciudades.» Prov. 16, 32.

llega la criatura al estado de perfeccion, las virtudes morales no se acrisolan sino á costa de pruebas, y la fuerza íntegra de la libertad moral no se manifiesta sino es por medio de la contradiccion, por medio del combate y de la victoria. La suma de la Ética, entendida segun su recto sentido, se contiene en aquella antigua regla del sábio griego: Ἀπέχου καὶ ἀνέχου—«abstente y soporta.» Por esta razon la fidelidad á la ley de las costumbres, la sumision de la voluntad criada á la del Criador, en ninguna otra parte resultan más grandes, que donde van unidas con la abnegacion y el sacrificio; que donde para permanecer el hombre fiel á la virtud triunfa de las más fuertes inclinaciones de la naturaleza, cuando tiene que renunciar á los bienes terrenos, al honor, á la libertad, á la vida, y arrostrar inminentes peligros para conformar su voluntad con la del Altísimo, ó aún para hacer por amor mayores obras de las que el mismo Dios le exige.

Sublime es el alma que celebró el poeta romano en los conocidos versos:

Si fractus illabatur orbis
Impavidum ferient ruinae (1);

pero todavía es más admirable el heroismo de Régulo, cuando despues de haber persuadido al

(1) Horat. oda 3, 3, 7.

Senado romano á rechazar una paz contraria al honor de la república, se desprende de los brazos de su esposa, de sus hijos y de sus amigos para ser fiel al juramento que hizo de volver á Cartago:

Atqui sciebat, quae sibi barbarus
Tortor pararet: non aliter tamen
Dimovit obstantes propinquos
Et populum redivit morantem,
Quam si clientum longa negotia
Dijudicata lite relinqueret,
Tendens venafranos in agros
Aut Laedaemonium Tarentum (1).

Pero ¿qué son estos celebrados héroes de la virtud de los gentiles junto á los mártires de la Iglesia cristiana? ¿Qué valor tiene ese heroismo puramente humano en comparacion con el de aquellos doce que se retiraron de la presencia del Concilio muy gozosos, porque «habian sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús» (2); ó con aquel espíritu heroico que desde la prision á los piés del Capitolio, estando ya próximo á sufrir el martirio, escribia á su discípulo: «Acuérdate que N. S. Jesucristo del linaje de David, resucitó de entre los muertos, segun mi evangelio por el cual estoy yo padeciendo hasta verme entre cadenas

(1) Horat. oda. 3, 5, 49 y sig.

(2) Hechos de los Apóst. 5. 41.

como malhechor. Si bien la palabra de Dios no está encadenada» (1). ¿Qué son aquellas grandezas aisladas, cuyo origen en realidad era casi siempre el orgullo, comparadas con las batallas y victorias de todos cuantos pusieron por obra aquella palabra del Señor: «En el mundo tendreis grandes tribulaciones; pero tened confianza: yo he vencido al mundo» (2). «¿Con qué compararé yo á este espíritu?» esclama San Juan Crisóstomo hablando de San Pablo, conmovido por la grandeza del Apostol, «¿por ventura, le compararé con el acero ó con el diamante? ¿le llamaré alma aurea, diamantina? Pero esta es un alma todavía más dura que el diamante, más preciosa que el oro y las piedras preciosas... ¿qué digo el oro y el diamante? Poned el mundo entero en uno de los platillos de la balanza, y vereis que el alma del Apostol, puesta en el otro, pesa mucho más. Pues si de aquellos que anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de animales está escrito que el mundo no era digno de ellos (Hebr. 11-38), ¿con cuánta más razon no deberemos decir de Paulo, que es más grande que el mundo todo; que comparado con Paulo el cielo mismo es pequeño, pues él renunció al cielo con todas sus delicias por el amor de Jesucristo?» (3).

(1) 2. Tim. 2. 8.

(2) Joan. 16, 33.

(3) Chrys de laud. Pauli Ap. hom. 2. (tom. 2. p. 485).

Verdaderamente sublime, y conforme en un todo con el espíritu del Cristianismo, aunque por una manera diferente, es la figura de Nicodemus en el canto cuarto de la Mesiada de Klopstock. Filon, fariseo lleno de furibunda cólera, ha dirigido contra él las más terribles imprecaciones por haberse presentado como oyente de Jesús. Nicodemus toma la defensa del Salvador en un largo discurso, y á la vista de todo el Sanhedrin dá testimonio á su divinidad:

«Levántase, mira en torno de sí, con rostro tan sereno como el de un Serafin, y dirigiéndose á Filon le habla de esta manera: Tú has lanzado contra mí tu maldicion; más por mi parte yo te bendigo, Filon. Hé aquí lo que me ha enseñado Aquel á quien adoro por mi Dios. Filon, escúchame y conócele. Cuando llegue la hora en que tienes que morir; cuando las sangre del Justo te espante y caiga sobre tí como un mar, y resuenen en tus oidos como un trueno del Señor las voces de la venganza; cuando oigas en torno tuyo al través de la oscuridad los pasos de hierro de Dios que viene á tí, los pasos del Juzgador que se acerca, el sonido que dará, herida de la espada fulminante que El afila, la balanza en que se pesan las obras buenas y las malas, y te penetre el dardo que sale de la sangre de Aquel que hace estremecer; cuando te conmueva la mortal angustia que nace á la vista del Dios terrible, y otros pensamientos muy diversos de los de ahora arrebaten tu alma, y á tus ojos inmóviles y moribundos se ofrezca en toda su claridad el justo juicio; tú entonces en presencia del Juez que dá la muerte, te retorcerás y encorbarás y con terrible angustia pedirás entre llantos y clamores misericordia: ¡el Señor te oiga entonces y tenga misericordia de tí! Dice, y atraviesa por medio de la asamblea. Acompañábele José.

Ithurriel ve salir á Nicodemus, el varon de Dios, y luego el Serafin se levanta mecido en sublime trasporte con los brazos estendidos.»

Visto cuanto hemos dicho, no creemos necesario recordar que la belleza incomparablemente la más alta del orden moral no pertenece al reino de las cosas puramente humanas y naturales, sino al mundo sobrenatural. Así, para todo hombre que no haya perdido el sentido y la inteligencia, lo más sublime que hay sobre la tierra, es cabalmente lo que antes digimos ser la más hermosa entre todas las obras visibles de Dios: la Iglesia. «Contra ella se han alborotado las naciones, y los pueblos han forjado empresas vanas; contra ella se arman los reyes de la tierra, y los príncipes se coligan;» pero á pesar de todo esto la Iglesia, perpétuamente fiel á su vocacion, predica con su palabra y con su vida misma, predica como sociedad universal y en cada una de las Iglesias que verdadera y cordialmente llevan su propio nombre «á Jesucristo crucificado: lo cual para los judios es motivo de escándalo, y parece una locura á los gentiles: si bien para los que han sido llamados á la fé, es Cristo la virtud de Dios y la sabiduria de Dios» (1).

75. El sublime del orden físico, considerado

(1) 1. Cor. 1, 23, 24.

este orden como contrapuesto al orden moral, hállase así en el mundo espiritual como en la naturaleza corpórea. Son sublimes las dotes del ingenio cuando llegan á una altura eminente de perfeccion intelectual. Sublimes son tambien las cosas corpóreas que se ofrecen á nuestros ojos, á la vista del Océano, del firmamento sembrado de estrellas, ó en ciertos fenómenos extraordinarios de la naturaleza, como un huracan, una tempestad, un temblor de tierra, la erupcion de un volcan» (1). Aquí tienen su lugar aquellos versos de Virgilio:

*Iipse Pater, media nimborum in nocte, corusea
Fulmina molitur dextra: quo maxima motu
Terra fremit, fugere ferae, et mortalia corda
Per gentes humilis stravit pavor: ille flagranti
Aut Ahton, aut Rodopen, aut alta Ceraunica telo
Deicit.*

(GEORG 1.)

Y tambien estos otros de Homero:

*Cuando entraron en medio de la turba
De los hombres mortales los olympios
Se excita una refriega tan vehemente,
Que las tropas agita. Entonces Palas*

(1) Tales fenómenos los hallamos por lo demás sublimes con tal que el miedo á sus consecuencias, la pesadumbre que suelen causar, mirados con relacion al bien propio ó al ageno de quien los contempla, no hagan imposibles los sentimientos que corresponden al sublime.

Daba gritos estando en pié en el foro
Fuera de la muralla en las trincheras,
O en las costas sonoras: y el dios Marte
Desde la parte opuesta voceaba
Semejante á un oscuro torbellino
Exhortando á los Teucros, ya del alto
De la excelsa ciudad, ya discurrendo
Por la hermosa ribera del Simois,
Y los collados fértiles y amenos.
Así excitando los beatos dioses
A un ejército y otro, los mezclaron,
Y encienden entre sí grave combate.
El padre de los dioses y los hombres
Tronó desde lo alto horriblemente,
Y Neptuno sus ondas levantando
Hizo temblar la tierra y altos montes.
Tiemblan tambien las cimas eminentes
Del Ida, hasta sus mismos fundamentos.
Troya, el campo sangriento de batalla,
Y las naves acheas se estremecen.
Temió abajo Platon, rey del infierno,
Y espantado saltó desde su sólio,
Dando espantosos gritos, temeroso
De que Neptuno, que la tierra mueve,
Hendiese la que cubre el centro oscuro
Con su fuerte tridente, y descubriese
Las estancias terribles y horrorosas.
Que aun á los mismos dioses causan miedo (1).

En sí misma la naturaleza corpórea es harto
pequeña para excitar afectos de respeto y admira-
cion: solo cuando se la considera sin alzarse

(1) Lib. XX. Traducción de D. Ignacio G. Malo, segunda edición, Madrid 1827.

los ojos más arriba, pueden las cosas referidas
parecer notables, aunque jamás sublimes. Pero
nuestro espíritu no las percibe nunca en sí
mismas, ó sea existiendo pura y simplemente
de por sí; antes vé siempre y necesariamente en
ellas con una necesidad que radica en su mis-
ma naturaleza, efectos de una causa altísima,
testimonios visibles de un Ser que con mano
potente domina y gobierna á la naturaleza toda
y á cada una de sus fuerzas. La grandeza, el
poder adorable y la sabiduría de este Ser, la ple-
nitud de su existencia, y en una palabra, la ine-
fable y sobreabundante riqueza de su bondad,
tal es el sublime ante el cual nos inclinamos po-
seidos de admiracion, de sorpresa, de religioso
pavor.

De la voz poderosa
El eco ya resuena
Del Señor en la nube tenebrosa:
El Dios de magestad es el que truena.
Oídlo en el estruendo de las aguas:
Voz es de fortaleza,
Voz es de magestad y de grandeza.
Voz del Señor del cielo,
Que los cedros quebranta,
Del Líbano los cedros por el suelo:
Y cual con leve planta
Brinca el Rinoceronte y el cabrito
Saltando en los ribazos,
Así van por el monte hechos pedazos.
Voz que dá el estallido,
Del rayo fulminante

Apagando la llama; y sacudido
El desierto con trueno resonante
El desierto de Cades se conmueve
Y á la voz espantosa
Del Señor se estremece y no reposa.
Voz que el Señor envía
Del remoto horizonte,
Y al resonar entre la selva umbría
Abre el cerrado monte,
Y de su hojoso toldo lo desnuda,
Y el ciervo temeroso
Busea en vano su asilo y su reposo.
Mas el pueblo felice
Junto en el templo santo
La gloria del Señor publica, y dice
Libre, alegre, seguro y sin espanto.
«El Señor reina en medio del diluvio,
»Y reina eternamente
»Sobre la nube y sobre el rayo ardiente»
Y el Señor á su pueblo religioso
Feliz hace en la guerra y victorioso.
Y en paz sobre la tierra asegurado
Y libre de recelo
Su bendicion le envía desde el cielo (1).

La verdad á que nos referimos se halla realmente en el fondo de los anteriores pasajes de Homero y Virgilio, aunque desfigurada por las fábulas mitológicas. Así, pues el sublime de la naturaleza visible es entre las manifestaciones de la magestad de Dios y de la grandeza de sus atributos, la más imperfecta de todas, por verse

(1) Del salmo 28, version de D. Tomás Gonzalez Carvajal.

en ella empleadas las fuerzas criadas (n. 73); síguese claramente, que en el sublime, es decir, en la belleza elevada á su mayor altura, se vé confirmada con gran evidencia la verdad que antes enunciamos, á saber, que los sentimientos que excita en nuestro ánimo la belleza de las cosas impersonales, tienen un carácter siempre relativo, nunca absoluto (1).

Aquel espíritu dominador del universo que hace estremecer la tierra con sola una mirada, y que si toca los montes, les hace humear, y que corre sobre las alas de los vientos (2); aquella grandeza de la eterna deidad que en los sublimes espectáculos de la naturaleza se impone ineludiblemente hasta á los mismos ateos, es la misma cabalmente que admiramos tambien, adorándola, en los destinos así de los individuos como de los pueblos, en los grandes sucesos y catástrofes de la historia. Aquí como allí nada es grande sino en cuanto se enlaza íntimamente con la Providencia universal del Señor de todas las cosas; nada sublime sino en cuanto dá testimonio á Aquel «que coje en sus manos los polos

(1) La pintoresca division del sublime, tan famosa desde los tiempos de Kant, en sublime matemático (estensivo) y en sublime dinámico (intensivo), no tiene á nuestros ojos mérito alguno señalado. Siempre resultará en el sublime sobre nosotros y sobre la naturaleza entera el poder y sabiduria del Altísimo, cuya manifestacion, cuya proximidad nos llena de religioso respeto, ahora se nos manifieste á la vista del cielo estrellado, ó de la inmensidad del Océano, ahora en la erupcion del Etna

(2) Ps. 108.

de la tierra y la sacude á fin de limpiar y expeler de ella á los impíos, y quebranta el brazo de ellos» (1); que á los que le resisten «rige con centro de hierro, y los desmenuza como un vaso de barro» (2); á Aquel, en fin, de quien está escrito que los cielos «perecerán; pero tú eres inmutable. Vendrán á gastarse como un vestido.—Y mudaráslos como quien muda una capa, y mudados quedarán. Mas tú eres siempre el mismo, y tus años no tendrán fin» (3).

«Vi yo al impío sumamente ensalzado, y empinado como los cetros del Líbano: pasé de allí á poco, y hé aquí que no existia ya: le busqué; más ni rastro alguno de él pude hallar» (4).

(1) Job. 38, 13. 15.

(2) Ps. 2. 9.

(3) Ps. 101, 27 y 28.

(4) Vidi impium superexaltatum, et elevatum sicut cedros Libani: et transiibi, et ecce non erat, et quaesivi eum, et non est inventus locus ejus. Ps. 36, 35.

Es sublime el pasaje de una carta de Servio Sulpicio á Ciceron, en la cual procura aquel consolar al orador romano afligido por la muerte de una hija suya «Quae res mihi non mediocrem consolationem attulit, volo tibi commemorare, si forte eadem res tibi minuere dolorem possit. Ex Asia rediens quum ab Aegina Megaram versus navigarem, coepi regionis circumcirca prospicere. Post me erat Aegina: ante Megara: dextra Piraeus: sinistra Corinthus quae oppida quodam tempore florentissima fuerunt, nunc postrata et diruta ante oculos jacent. Coepi egomet mecum sic cogitare: Heu! nos homunculi indignamur, si quis nostrum interiit, aut occisus est, quorum vita brevior esse debet, quum uno loco tot oppidum cadavera projecta jaceant? Visne tu te, Servi, cohibere, et meminisse, hominem te esse natum? Crede mihi: cogitatione ea non mediocriter sum confirmatus. Hoc idem, si tibi videtur, ac ante oculis tibi proponas.» Cic. epp. ad divers. 4, 5.

Aun mirada la cosa bajo este aspecto, no hay espectáculo alguno más sublime que el que presenta aquella obra de Dios, única entre todas las demás obras que tiene la promesa de una duracion eterna, á la cual solamente es aplicable la palabra del Señor: «Los cielos y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán.» «¿Qué otra institucion subsiste hoy,» escribe un famoso protestante inglés, «qué otra institucion subsiste hoy, que sea, como lo fué la Iglesia católica, testigo de los tiempos en que todavía salia del panteon el humo de los sacrificios, cuando rugian tigres y leopardos en el anfiteatro de Flavio? Las dinastias ó familias reales mas preciadas de la antigüedad por su noble stirpe son de ayer, si se las compara con la série de los pontifices romanos..... La república de Venecia vino la primera despues del pontificado. Pero la república de Venecia era una niña al lado del pontificado; y la república de Venecia ha desaparecido; más el pontificado subsiste. Subsiste, y no á la verdad en estado de decadencia, no como antigua reliquia gastada ya por los años, sino lleno de vida y en todo el vigor de la juventud..... Hoy es, y sin embargo no se vé signo alguno de que tan dilatado reino esté cercano á su fin. La Iglesia vió nacer todas las formas de gobierno, todos los establecimientos religiosos que al presente duran en el mundo; pero no estamos ciertos de que no verá tambien el fin de todas estas cosas.

La Iglesia fué grande y respetada antes que los Anglo-Sajones pisaran el suelo británico, antes aun que los Francos pasaran el Rhin; fué grande y estimada cuando todavía florecia en Antioquía la elocuencia de los Griegos, y eran adorados los ídolos en los templos de la Meca. Y podría suceder que todavía subsistiese firme el día en que algun viajero de la Nueva-Zelandia, apoyado en un arco derruido del puente de Lóndres, señalara con el dedo, en medio de vasta soledad, las ruinas de la Iglesia de San Pablo» (1).

76. Lo *trágico*, de que ordinariamente suele tratarse en este lugar de la Estética, no es sino una especie del sublime. El deleite espiritual que hallamos en la tragedia, descansa, á lo ménos principalmente, en las razones todas que ya hemos tocado.

«Solo en medio de la noche oscura brilla el fulgor de los astros, y solo en la oscura nube despliega el iris sus hermosos colores.»

En la desgracia, en las tribulaciones es donde se prueba principalmente la grandeza moral, la fuerza del corazon justo: pruébese por medio de la paciencia generosa, del sufrimiento y resignacion heróicos; pero todavía más cuando en la libre aceptacion de los trabajos muestra el

(1) Macaulay (Critical and. historical essays, Leipsik, 1850, vol. 4. pág. 98.)

hombre que solo teme al pecado (2); que á sus ojos solo tiene valor la fidelidad á los preceptos divinos. En el destino que se sigue al crimen, en la suerte fatal que pesa sobre el malvado, vemos la mano vengadora de la justicia divina, á que ninguna cosa puede sustraerse. De este modo ofrécese en lo «trágico» ora al sublime del orden moral, ora la grandeza del ser y de los atributos que admiramos en Dios.

XIII.

El sublime, continuacion. Error inaudito de la Estética moderna.

77. No creemos haber agotado la materia del sublime en las pocas observaciones que preceden, aunque sí haber indicado las que hacen á nuestro propósito. Solo nos queda ahora que fijar la vista en una especie de dogma inventado en estos tiempos por la filosofía de la belleza y del arte.

«El arrepentimiento,» dice Federico Schiller (1), «el remordimiento, aun en su grado más alto, que es la desespe-

(2) «La violacion de la ley moral» se dice hoy en ciertos doctos círculos en lugar de «pecado.» Pero la palabra *sünde* (pecado en castellano) es muy alemana y expresa exactamente aquel mismo concepto. La «ley moral» que la nueva filosofía ha ideado considerándola como producto de la sola razon humana, es simplemente una quimera.

(1) De la razon del deleite en los asuntos trágicos. Vol. 11, página 522 (Stuttgart 1836.)